

GERARDO DIEGO Y ASTORGA

Por Luis Alonso Luengo

Nº 8934

CHARLA EN EL CAFE

Eran los días de la Segunda Guerra Mundial. Gerardo Diego, que poseía una finca en el Sur de Francia (su esposa Germaine es una muy notable profesora francesa) a la que iba a veranear todos los años, aquél había desistido de hacerlo por estar la zona ocupada por los alemanes.

En el Café Lyon, de Madrid, —frente a Correos— donde teníamos aquella diaria, inolvidable tertulia que, presidida por D. Manuel Machado, congregaba, además de a Gerardo, a Luis Rosales, a José María de Cossío, a Leopoldo Panero, a Dionisio Ridruejo, a Luis Felipe Vivanco, a Ricardo Gullón, a José Suárez Carreño, a José María Alonso Gamo, a Pepe Escassi, y que desembocó en las deliciosas reuniones literarias de “Musa Musae”, Gerardo, un día de junio, mano a mano conmigo, pues habíamos llegado los primeros a la tertulia, me mostró su preocupación porque no sabía a donde ir a pasar el verano con su numerosa familia.

Meditativo, los ojos clavados en no sé qué lejanías, luego de aquel parpadeo nervioso que a veces acompañaba a su palabra como subrayándola cuando era trascendente; cruzados los brazos sobre las piernas, en una actitud muy suya, me interrogaba ahora en silencio con su largo rostro inmóvil.

Yo tenía la taza de café en el aire, camino de los labios. La posé en la mesa y dije una sola palabra:

—Astorga.

—¿Tú crees? —me respondió saliendo de su abstracción, sacudiendo de nuevo los párpados y casi cerrando los ojos.

—Astorga —le repetí—. Es el sitio donde encontrarás lo que, en este momento, a tu espíritu y a la salud de los tuyos conviene. Paz, aire limpio, sano, del Teleno, sólo turbado por el sonar de las campanas; jardines sobre las viejas murallas con sinfonía de pájaros y cielo azul; amigos no estrepitosos pero sí cordiales; y, como complemento, historia y arte. ¿No es todo eso lo que inconscientemente deseas?

Replicó rápido:

—¿Cuándo podemos ir?

—En cuanto encontremos un acomodo adecuado para lo que necesitas, que los hay.

Y así fue cómo Gerardo Diego recaló en Astorga por aquellos años en que Europa ardía en guerra.

EL JARDIN DE ASTORGA, EL PALACIO DE GAUDI Y LA CATEDRAL

Después de una temporada en el acogedor Hotel Moderno, hubo suerte con la casa. Amplísimas salas con cuadros antiguos, bargueños, miradores, galerías y jardines que, prolongando sus patios, se posaban sobre la muralla astorgana oteando un paisaje evanescente como de austera tabla primitiva.

D. Rodrigo María Gómez, su dueño —letrado y barbado caballero—, la cedió amablemente en arrendamiento. Y cuadraba toda ella con el ambiente severo, traslúcido, casi mágico, de la ciudad.

Para mí fueron unos meses de delicia, los que disfruté de la compañía de Gerardo en aquella atmósfera de viejas piedras catedralicias —que siempre fue la mía— y en la que Gerardo se sumergía ahora en plenitud; de murallas y flores, con el Teleno siempre al fondo, recortada su cónica nieve sobre un azul purísimo.

Era una vida tranquila, monótona, si quereis, pero llena de serenidades.

Mañanitas del jardín de la ciudad —todo un frescor de centenaria arboleda brotando de la muralla— mientras Germaine —la esposa de Gerardo— y Anita —la mía— charlaban en el corro de la tertulia femenina, y nuestros niños corrían por la glorieta, y Elenita —la niña mayor de Gerardo— iba coloreando sus mejillas en aquel aire sanísimo, bajo la media sonrisa —tan bella, tan delicada— de su madre Germaine.

A prima tarde, después del almuerzo, el café en el Casino —Gerardo fue siempre un impenitente cafetero—. Y, tras la charla tendida sobre tantas y tantas cosas, paseo por la ciudad.

Lo primero —¿cómo no?— la visita a la Catedral y a su museo.

Y a hundirnos y envolvernos entre las piedras blancas del palacio encantado de Gaudí.

Un día, por las salas y pasadizos de aquel cuento de hadas de algún Walt Disney arquitecto que viniera, para levantar sus torres y fosos, desde Cataluña, Elenita, la hija de Gerardo, se nos perdió. Germaine, su madre, que venía con nosotros, la buscaba llamándola. Por fin apareció.

—¿Dónde estabas, Elenita?

Y la niña, con ojos muy abiertos y asustados:

—Buscando la habitación de Blanca-Nieves.

Y poniendo la cara muy triste:

—Pero no la he encontrado, ¿dónde está?

Otro día, desde las torres del Palacio, mientras las cigüeñas nadaban en el azul sobre nuestras cabezas, Gerardo, contemplando la torre, mucho más alta, de la Catedral, me dijo:

—¿Quieres que subamos allá arriba del todo para contemplar bien el paisaje?

Y allá fuimos, por el estrecho caracol de la torre, palpando con los pies en la oscuridad, escalón tras escalón. Llegamos al piso de las campanas, envueltas en el aire que circulaba por los abiertos ventanales trascendidos de paisaje. Yo nunca había pasado de allí. Bajo la “Campana María” en el interior de cuyo inmenso bronce —que suena solemne con el “toque de oración” para la mañana y la tarde— es fama que pueden coser juntos, sin tocarse, tres sastres extendiendo y recogiendo sus brazos en la costura, oímos el *revibrar* de la campana: la música finísima del viento chocando con las concavidades del bronce, que allí tiene resonancias suavísimas.

Pero Gerardo quería subir más arriba. Y, trepando por una escalera de mano, llegamos —él delante— al “chapitel” más alto de la torre, especie de linterna que la corona y sujeta la veleta que, como una aguja sutil, enhebra no sólo a Pedro Mato sino al amplísimo horizonte que desde allí se descubre.

Cuando bajamos, respirando tranquilos, la ciudad entera sabía que habíamos estado en lo alto de la torre —mucha gente nos había visto asomada a los balcones sin nosotros darnos cuenta—. Todos nos preguntaban nuestra impresión, pues hasta aquel punto solo había llegado alguna vez el señor Prudencio, el campanero.

—¿Tienes *agujetas* en las piernas, Gerardo? —le pregunté—.

Y muy serio, dando señal de su fortaleza alpinista, con la cara alargada, como tomada de un cuadro del Greco:

—Yo, no.

—Pues yo sí.

CASTRILLO DE LOS POLVAZARES, PONFERRADA Y LEÓN

Los martes, día de mercado semanal en Astorga, era un encanto circular entre los tenderetes de mil baratijas, de frutas, de verduras, de semillas de flores, de cacharros de Giménez de Jamuz, de pollos y corderos de la Vega y de la Montaña, mientras todo se envolvía en un sordo rumor de mil voces, como de creciente caracola, y los Maragatos del Reloj del Consistorio, cuya preciosista fachada barroca presidía el mercado, daban las horas, mazo en mano —como en cualquier reloj de Venecia o de Praga— sobre la gran campana para que los contempláramos un poco atónitos —aunque se hayan visto mil veces siempre causan sorpresa— y Gerardo asistiera en silencio a cada campanada de los autómatas.

Una tarde nos fuimos a Castrillo de los Polvazares. Gerardo deseaba conocer algún pueblo maragato, y ninguno tan a mano —cinco Km. de Astorga—, y tan representativo de la Maragatería como Castrillo.

Medio de transporte: bicicleta. Germaine, como buena francesa, era una consumada ciclista.

Y nos fuimos, Germaine, Gerardo y el que esto escribe, montados en bicicleta por la polvorienta carretera maragata camino de Castrillo.

Pasando la pequeña arboleda que lo circunda, entramos en el pueblo.

—¡Este es el “Valdecruces” que Concha Espina llevó a su “Esfinge Maragata”!

Gerardo estaba como absorto ante aquella larga calle toda de doradas piedras (de oro labrado las fachadas de las casonas arrieras; de oro menos pulido el suelo enlosado y enguijarrado, con esmalte de alguna *palloza* celta) que se recortaba, con aristas de joya, sobre un cielo azul, y que, al caer la tarde, se emborronaba de resplandor a contraluz del Teleno y del pequeño rebaño que cruzaba buscando su encierro.

—“La Santillana leonesa” llamamos, por aquí, a Castrillo de los Polvazares —le dije a Gerardo, tan amante de su Cantabria nativa.

Germaine hablaba como ilusionada, y Gerardo estaba en silencio. (¿Qué ideas, qué vivencias, qué sensaciones se entrecruzaban, por aquel momento, en lo profundo del alma del poeta?).

Otro día decidimos ir a Ponferrada. Había que saltar del ocre árido de la tierra maragata, al verde ubérrimo del vergel berciano, festoneado de ríos, de rumor de arboledas, de castillos, de monasterios, de altos y blancos peñascos.

Fuimos en el tren —en aquellos tiempos austeros no disponíamos de coche— y en Ponferrada pasamos el día, a la sombra escenográfica de su castillo, envuelto en musicalidades del Sil, de sus viejos rincones blasonados y de sus modernas centrales térmicas, y a la luz invisible de la evocación de los Caballeros Templarios, acompañados de mi tío Florencio García del Otero, que nos sirvió de sonriente cicerone.

Al caer la tarde nos sentamos en un bar de la Plaza Mayor. A nuestra espalda se erguía la fachada, fuerte y densa, del Ayuntamiento barroco.

Estábamos cansados. Gerardo me dijo:

—¿Quieres que te descansen los pies?

—Naturalmente.

—Pues mira. Hay ahí un *limpiabotas*; límpiame los zapatos, y verás que descanso y que frescor.

Me limpié los zapatos: ¡Qué delicita, qué “relax” de pies descansados!

Desde entonces, cuando he andado mucho, busco siempre un *limpiabotas*, aunque tenga los zapatos relucientes.

Varios viajes hicimos de Astorga a León. Siempre la Catedral y su piedra ingrávida traspasada

de luz; siempre San Isidoro y sus sombras cóncavas miniadas en sorprendentes colores y contraluces; siempre San Marcos y su orfebrería plateresca tendida horizontal al sol del Bernesga...

Y el gran amigo, y gran poeta, Victoriano Crémer —que andaba entonces urdiendo la línea *tremendista* de la revista “Espadaña”, que marcó un hito en la poesía española de aquel momento. Y Eugenio de Nora. Y López Anglada...

Iba Crémer a publicar un libro —“Tacto Sonoro”— y Gerardo le hizo un poema-pórtico para el mismo:

*Victoriano Crémer —cabeza
desbastada en piedra románica—
nos mira cuando le miramos
fijo desde el fondo del alma.*

.....

*No le va bien la sombra lúcida
de la Pulchra gótica dama.
Necesita muros espesos,
densidad, gravedad, amarras.
Si se ha equivocado de siglo
no culpa, atavismo es de raza.
Erigiera San Isidoro
o un beato, atento, miniara.
Mil veces mudara de gremio
sin hallarse el fondo del alma,
el fondo desde el cual nos mira
si le miramos cara a cara.*

Aquí está León puro, en una visión total —Catedral, San Isidoro, gremios en sus calles casi medievales—, soñado todo a través de la mirada profunda de su poeta Victoriano Crémer por ese otro altísimo poeta que es Gerardo Diego.

CONFERENCIAS DE GERARDO EN ASTORGA

Siguiendo el hilo de los recuerdos sobre Gerardo Diego en Astorga, hemos de señalar que, como todo el mundo sabe, Gerardo es, además de poeta, magnífico conferenciante y un excelente pianista. Y ambas facetas no podían dejar de manifestarse durante su estancia en Astorga.

El Casino pidió a Gerardo que diera una conferencia-concierto en sus salones. Accedió el poeta con toda su seria amabilidad. Y mediante la presentación de mi pobre palabra, con el Casino abarrotado de un público que ansiaba escucharle, desarrolló un recital-concierto sobre Chopin.

Aquellos sus deliciosos poemas chopinianos —cada uno dedicado a una obra del polaco inmortal—, con una previa explicación de palabra, eran seguidos por la interpretación que Gerardo hacía al piano de cada motivo musical al que la palabra y la poesía habían creado una previa atmósfera propicia.

Sentado al piano, recitando y hablando, Gerardo tuvo en vilo durante dos horas a la ciudad bimilenaria con cuyo entorno tan bien encajaba aquella delicia de arte musical y poético.

Y cuando, al final, salimos de nuestra abstracción, el Coronel del Regimiento, que con otras autoridades presidía el acto (y que era el día de su posesión y por tanto el primero de su estancia en Astorga y aún no conocía la ciudad), emocionado no acertaba a articular palabra y, después, envolvió a Gerardo en marcial apretadísimo abrazo, diciendo:

—Es asombroso que lo primero que aquí me sale al encuentro sean la poesía y la música. Nunca me había sucedido nada semejante. Ni nunca me lo hubiera imaginado.

Trascendió la noticia a la provincia entera, y los estudiantes de los Redentoristas de Astorga —que eran aquí, en su juvenado, más de doscientos— solicitaron de Gerardo una conferencia o charla para su juventud teológica, amante de la poesía, y Gerardo, con su generosidad de alma, les habló durante una hora de la poesía del momento y de la “Generación del 27” a la cual pertenecía.

Recuerdo que, entre otros poemas, recitó entonces, con un garbo inigualable, su “Oda a Belmonte”. Y qué fuerza pondría Gerardo en su poesía y en su voz, que los doscientos seminaristas que le escuchaban, se levantaron a una como electrizados, e interrumpiéndole, gritaron un largo —¡Oléee...!, seguido de una estruendosa ovación.

Gerardo quedó estupefacto; muy abiertos los ojos, como suspendido en lo alto de aquella ola. Años más tarde, recordando aquel momento, el poeta nos diría:

—Jamás he sentido más honda emoción al recitar un poema mío, que en aquel instante. ¡Ahí es nada, levantar de su asiento, hacer saltar de emoción torera, a aquellos tímidos seminaristas de la austera y clerical Astorga de entonces...!

—¿Jamás? —le replicábamos—, ¿Ni siquiera en aquella cena que te ofrecimos en Madrid, precisamente cuando escribiste tu poema a Belmonte, y en la que, después del brindis de Leopoldo Panero que en verso te dijo entre otras maravillas:

*y huele a nardo el horizonte
y embiste el toro con más calma
en el capote de Belmonte
abierto al vuelo de tu alma...*

se levantaba José María de Cossío a leer el telegrama que él, en nombre de todos, había cursado al propio Juan Belmonte —su entrañable amigo— a Sevilla, en el que decía: “Bien merecen, Juan, la pena todas las faenas de tu vida torera por que ellas han dado vida al mejor poema que sobre toros se haya escrito, y que te asombrará cuando lo leas”...

—Bueno, ¡aquello fue otra cosa! —rubricó Gerardo poniéndose colorado como un niño...

Así fue cómo Gerardo Diego, durante su estancia en Astorga, se puso en contacto, y dio sus lecciones magistrales, a los dos estrados intelectuales más importantes de la ciudad: El seglar en el Casino; y el eclesiástico en el Convento de los Padres Redentoristas.

Pasado el tiempo, *Astor Brime*, pseudónimo de un poeta astorgano delicioso y muy original, hoy Padre Redentorista, que era uno de los estudiantes de Teología que entonces oyó a Gerardo Diego, me decía:

—Ni el mismo Gerardo pudo medir la impronta que su palabra produjo en nosotros que necesitábamos el aire puro, auténtico y directo de la poesía del momento, pero transido de la humanidad, hecho presencia, por un poeta que fuera su genuina representación. El nos trajo todo eso...

RECUERDO DE CONCHA ESPINA

Un día en que Anita —mi esposa— y yo almorzábamos con Germaine y Gerardo, invitados en su improvisada casa astorgana, les dije:

—¿Sabéis que en estas habitaciones pasó largas veladas Concha Espina cuando allá en principios de siglo, concibió en Astorga “La Esfinge Maragata”?

—¿No me digas?

—Era muy amiga, Doña Concha, de Doña Emilia Rodríguez de Cela, la dueña de esta casa, una de esas damas, tan sencillas y silenciosas como fina y sensitiva, que mantenían el tono y daban la medida de la atmósfera de la ciudad con su diálogo discreto y su presencia desvanecida tras el mirador...

Y así fuimos contando a Gerardo y Germaine las conversaciones mantenidas en aquellas salas por Doña Concha y Doña Emilia sobre el realismo regionalista de los escritores santanderinos de entonces. Doña Emilia era una admiradora de Pereda (y del trasplante posible de aquello a la tierra maragata, que a Concha Espina tenía tan impresionada, para revestirlo de un profundo sentido social, esquemático y fuerte). Y les conté también las largas comunicaciones epistolares de las dos damas —cartas que se escribieron o se leyeron en aquella casa—, que tan perfectamente encajaban, por su temática, con el ambiente cultural del Astorga de aquellos días, donde tantos escritores locales florecían, y donde D. Marcelo Macías —al que yo sabía que Gerardo tenía veneración— pontificaba sobre aquella intelectualidad y preparaba las fiestas culturales del “Centenario de los Sitios” napoleónicos de Astorga y el torrente de libros que entonces se publicaron.

—Es decir, ¿que entre estas paredes se gestó la “Esfinge Maragata”?

—Por lo menos en parte, e influida por aquel ambiente. Y aquí —continuaba yo— escribe hoy un poeta, también santanderino, que se llama Gerardo Diego.

—¡Caprichos del azar!

—Yo diría del Destino y de la Historia, aquí, donde la historia manda.

—Por cierto, ¿qué escribes ahora, Gerardo?

—Cosas sueltas. Y un poema sobre Castilla, yo, castellano viejo, ahora que se va a cumplir su milenario.

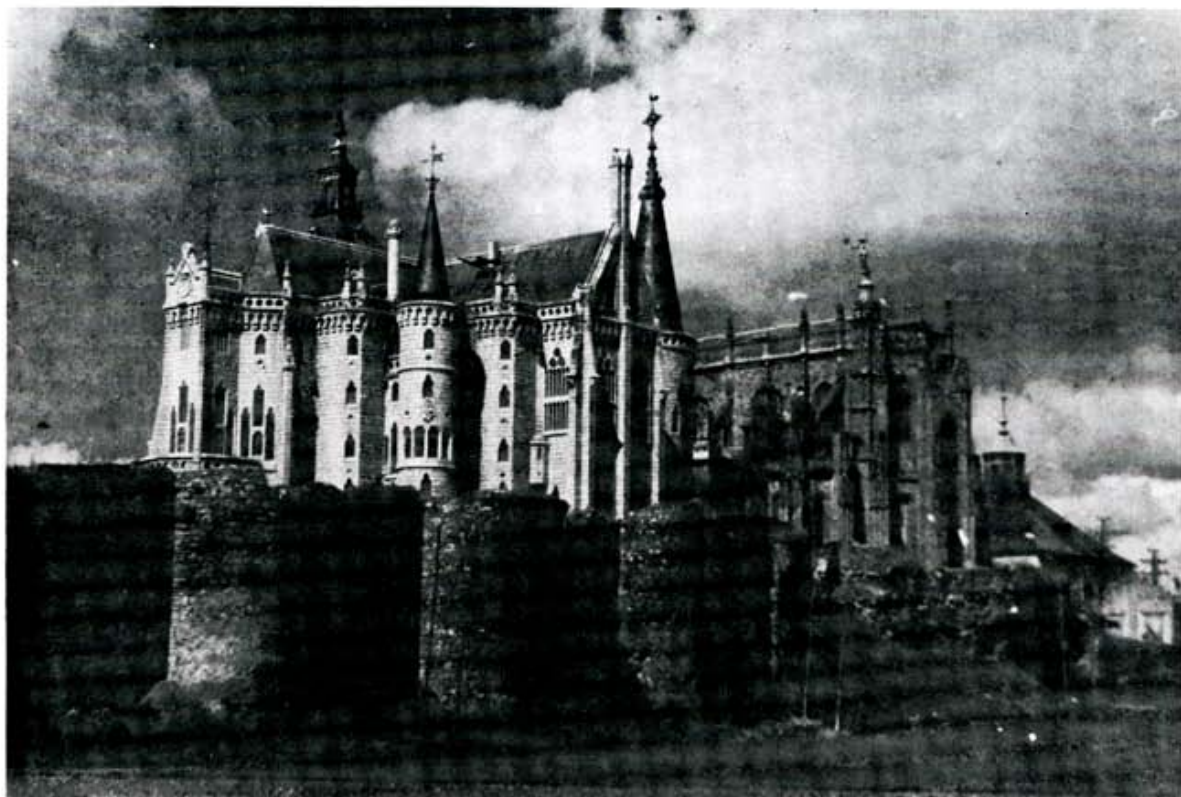
—¿Castilla vista o escrita desde León? ¿Por qué no nos lees algo del poema?

Y creo que fue aquel día cuando Gerardo nos leyó —como iluminado— en su voz pausada, paladeadora de la palabra, las estrofas de aquel poema singular —estremecedor— que no he visto publicado en ningún sitio, y en el que, sin duda, la fuerte garra de León estaba impresa.

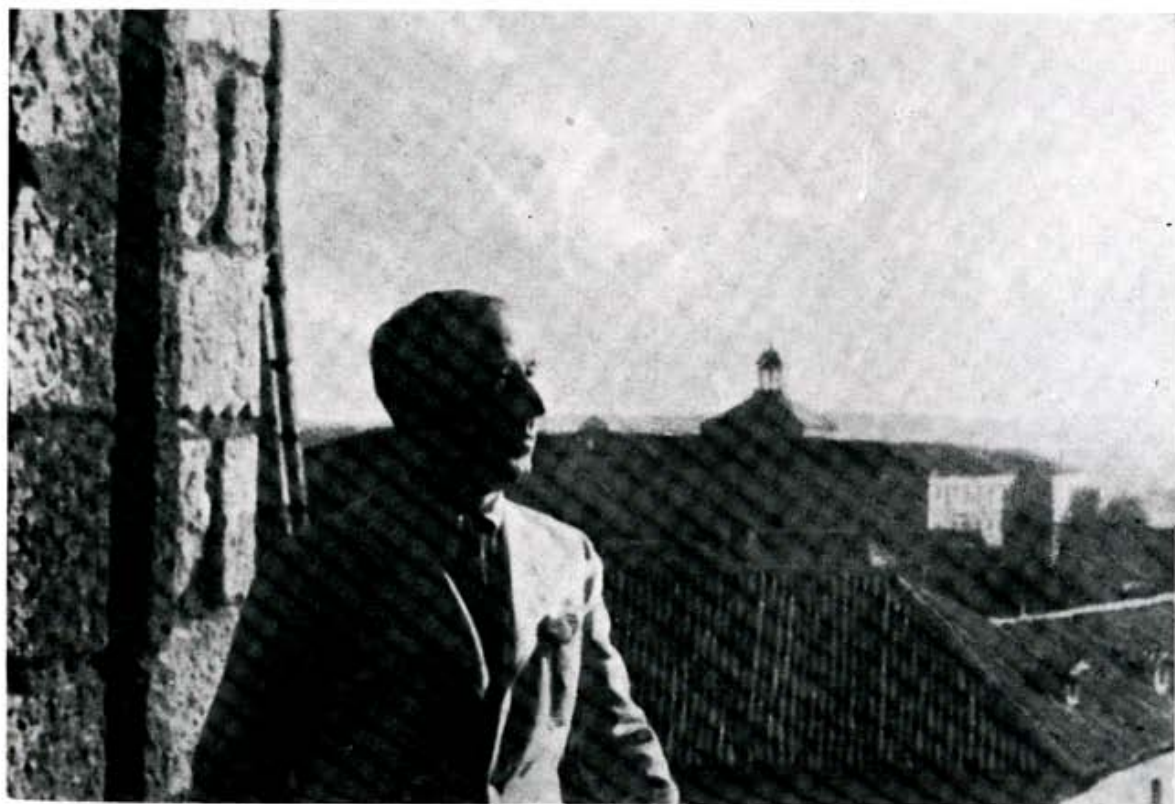
“ESCUELA DE ASTORGA”

Otra casa que visitábamos con frecuencia Gerardo y yo, era la de Paco Pernia Carasa, gran amigo que veraneaba en Astorga. De nuestras estancias en aquella casa conservo varias descoloridas fotografías con Paco y Gerardo. En sus amplios salones se escalonaban cuadros de época, arcones, pergaminos con cartas de hidalguía, sillerías del XVIII, y arañas rococó.

Me parece recordar que fue allí —no sé si acaso lo fue en mi propia casa— donde Gerardo, husmeando en los viejos libros de aquellos estantes, descubrió la “Guía Artística y Sentimental de la Ciudad de Astorga”, pequeño libro escrito y publicado en los años veinte por Leopoldo Panero, Ricardo Gullón y el que suscribe.



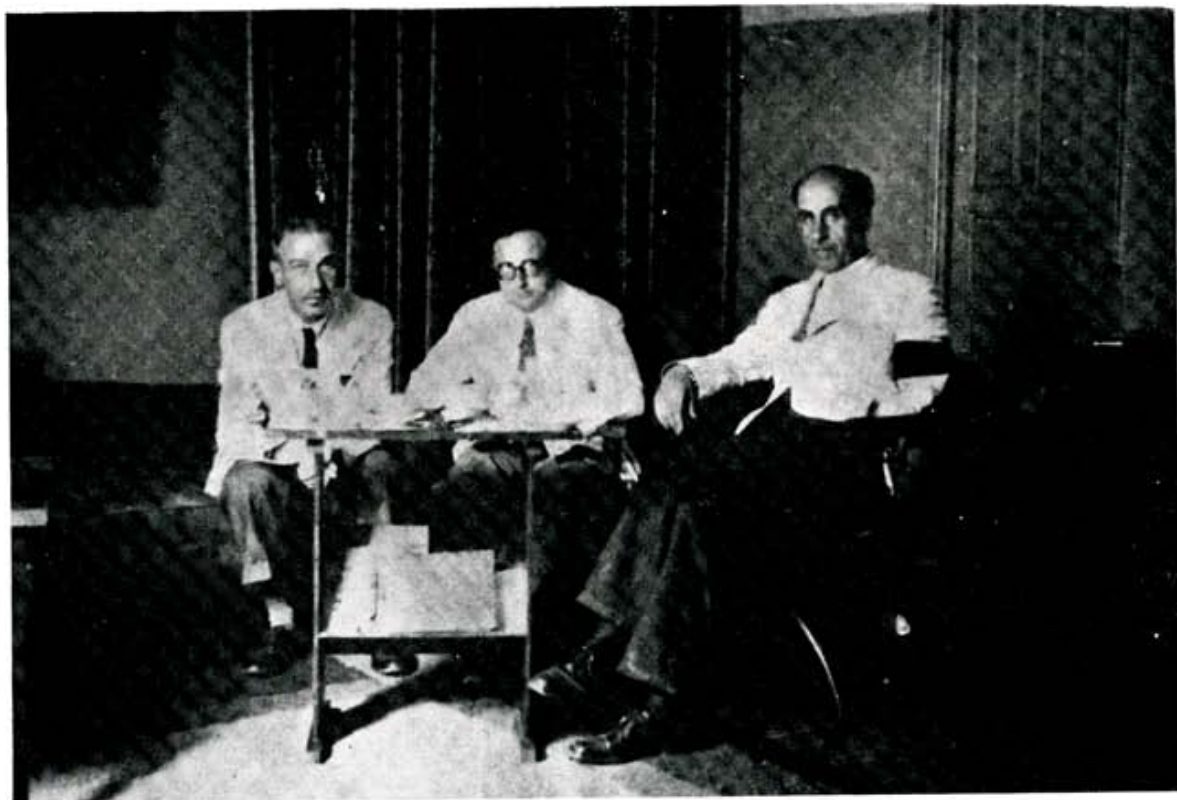
La muralla, la catedral, el palacio de Gaudí... Paisaje lírico de Gerardo Diego en Astorga.



Gerardo Diego en el palacio astorgano de Gaudí. El Seminario al fondo.



En casa de Luis Alonso Luengo.



Gerardo Diego, Luis Alonso Luengo y Francisco Carasa en casa de éste.

Gerardo hojeaba con fruición el descolorido ejemplar, como si de un descubrimiento arqueológico se tratara. Sonreía en silencio...

Yo estaba tan avergonzado de la crítica que Gerardo pudiera hacer de aquel ingenuo librito de adolescencia, que se lo arrebaté diciéndole:

—Yo te daré un ejemplar dedicado...

Y suplicante, muy colorado, agregué:

—Pero ten benevolencia con la chiquillada que el libro supone.

Y Gerardo no solamente la tuvo. Su generosidad fue mucho más lejos. No habían pasado muchos años cuando publicaba tres artículos en el diario ABC de Madrid, titulados respectivamente "Escuela de Astorga", "Juan Panero", y "Leopoldo Panero".

Cuenta en ellos cómo en Astorga, "la pétreo y episcopal ciudad amurallada, tras una generación de historiadores, arqueólogos y novelistas, surge —entonces hacía de ello veinte años— todo un grupo, una verdadera *escuela*, de poetas adolescentes de rica y dibujada personalidad. Fue —añade— un grupo de estudiantillos que agita y revuelve las aguas mansas de la ciudad dormida con una revista literaria, que publica libros de versos y una Guía en colaboración; una de esas guías provincianas con deliciosos anuncios de la sastrería local, de la fábrica de chocolates, y mezcla de pedanterías históricas, impresiones líricas, e itinerarios para el turismo".

Y agrega: "Los autores de esta simpática travesura de adolescencia, que ahora es buscada con avidez por bibliófilos coleccionistas de sus primeros pasos, son los hermanos Juan y Leopoldo Panero, Luis Alonso Luengo y Ricardo Gullón. Los de más decidida vocación poética resultaron, a la larga, los hermanos Panero. Luengo y Gullón han derivado hacia la novela, la crítica o la biografía histórica, pero siempre sin desmentir su arranque ilusionado de poeta".

Luego de señalar cómo la "Escuela de Astorga" tiene su raíz —hundida en el paisaje de la ciudad— en el *arbolorio* de que habla el poeta medieval astorgano Juan Lorenzo Segura en su "Poema del Alexandre", se refiere, largamente, a la poesía, arraigada y profunda, de Leopoldo:

*Señor, la encina en huesos toco
deshecha entre mis manos y te invoco.*

Y a la poesía "ingenua y transparente, sosegada, de Juan, presidida por la sombra dulcísima de Virgilio, producto amoroso —dice— de su comunión diaria con el sereno, noble, austero paisaje de la Meseta Leonesa, con el cano Teleno al fondo, la muralla a los pies, y los oscuros árboles sombreando el reposo y la meditación del alma abierta como una flor de éxtasis":

*Morada de la luz, reino de la hermosura,
prodigio de cristal rozado por los ángeles
valentía del aire que en el dulce sosiego
da encendidos temblores y luz privilegiada.*

Poemas mansos, estremecidos, horizontales —señala Gerardo— "con perspectivas aprendidas del paisaje natal".

LA CASA DE LOS PANERO

Cuenta Gerardo Diego —en esos artículos— cómo conoció a Leopoldo y a Juan, poco antes de nuestra Guerra Civil, en una comida "alegre y menestral" ofrecida a Vicente Aleixandre cuando a

éste se le otorgó el premio nacional de poesía. A Juan —añade— “no le volví a ver más; murió como soldado en la guerra”.

Pero, al ir a Astorga, Gerardo lleva en el bolsillo —así lo cuenta— el único libro de Juan “Cantos del ofrecimiento”, para leerlo —agrega— “en su propia casa, a la sombra de la catedral maragata, escuchando los rumores del mínimo y recoleto jardín conventual que cuidaban con fervor la madre y las hermanas de los poetas”.

Y concluye: “Los Cantos del ofrecimiento se hallan siempre al alcance de mi mano y no los puedo leer sin la más honda emoción”.

Juan había muerto, pero Leopoldo, por estas fechas, vivía aún, y estaba en la plenitud de su creación poética.

Y en la casa de los Panero, Gerardo no sólo estuvo el día aquel en que leyó, allí, conmovido, los poemas de Juan, sino otros muchos en aquellos deliciosos veranos de Astorga.

Y una hora, tristísima, fue aquella en que moría, en plena adolescencia —bellísima y rubia— la hermana menor de Leopoldo y Juan, Charito.

Me lo han recordado Gerardo y Germaine:

—Allí, en un salón de la casa, a la luz de los cirios, cuando se iban a llevar el cadáver de Charito al cementerio, Leopoldo, con el fondo de los perfiles llorosos —a contraluz—, de sus otras hermanas Odila, Asunción y M.^a Luisa, detuvo un momento a quienes llevaban el féretro, levantó la tapa de la caja, y posó en la frente de su hermana muerta el último beso envuelto en lágrimas silenciosas. Luego se derrumbó en un sillón.

Este era, humanamente, Leopoldo Panero.

Vieja casa romántica la de los Panero, reluciente de salones, con bargueños, consolas, y también, lápidas romanas por los rincones bajos; engastada de arboleda que era un remolino verde para el fondo de las torres de la catedral, para el cobijo del surtidor del jardín delantero que sostenía, sobre su cabeza, un ángel de bronce dormido de pie, y para el alto torreón de la vieja muralla donde Leopoldo tenía su estudio. Casa que el propio poeta —Leopoldo Panero— describió en su poema escalofriante “La Estancia Vacía”:

*En la fosca
penumbra del jardín la fuente late.
Sube el silencio por la hiedra. El alma
se detiene en el umbral; recuerda un día.
Señor, esta es mi casa y mi costumbre.*

Casa y costumbre de Leopoldo Panero: ¿cómo las convivió Gerardo en su verano de Astorga?

La casa que el poeta soñaba vacía, estaba, por aquellos días, llena de poetas. Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco y el pintor José Escasi, eran huéspedes de Leopoldo.

Se acercaban las ferias de Astorga y el periódico local “El Pensamiento Astorgano” preparaba un número extraordinario.

Magín Revillo, su benemérito director, pidió a todos aquellos poetas y amigos —foráneos y astorganos—, su colaboración para confeccionar una página poética sobre Astorga. Y todos colaboraron; y allí publicó Gerardo alguno de los poemas a que luego hemos de aludir.

Estancias de Gerardo Diego en Astorga por los veranos de la década de los años cuarenta, cuyo anecdotario hemos venido evocando tal y como se han estilizado en nuestro recuerdo: ¿qué absorbió el poeta de aquella atmósfera, y de aquellos aconteceres, y cuál de ellos se tradujo en su poesía?

Si hay una Soria de Gerardo Diego —¡y de ella, como de la de Machado, se ha escrito tanto!— ¿por qué no puede haber una Astorga de Gerardo, también? Y la hay, como hay la de Juan y la de Leopoldo Panero —distintas unas de otras— pero Astorga siempre.

Una Astorga —la de Gerardo— que está toda en su libro "Paisaje con figuras" donde, bajo el título genérico "Jardín de Astorga", agrupa diez poemas en los que, sorprendentemente, Astorga se nos entrega con una especie de gracioso juego de primor que es, en primer término, como el poeta veía los matices de la ciudad.

¿Y la trascendencia y el misterio, casi mágico, a fuerza de historia latente, tan visible en el entorno? También está, en un segundo y más profundo término, pero también está.

Mas lo importante reside en que, hechos nosotros a sentir una Astorga solemne, religiosa, toda raíz, según nos la había dado, con fuerte perfil, la poesía de Leopoldo; o una Astorga suavísima de evanescencia, según nos la había hecho sentir la poesía virgiliana de Juan, Gerardo descubre, en medio de todo eso, una Astorga distinta, hecha de pequeños seres, de matices que pasaban desapercibidos, de donaire —demostrando, con su manejo inigualable del idioma, que también la seriedad puede ser donairosa—, de diminutos mundos, de mínimas vitalidades en movimiento encantador.

Así aquella urraca que, luego de revolotear, con sus plumas como haldas, junto a las torres de la muralla, posa, en la tapia del jardín de la casa en que Gerardo vivía, su carraqueante graznar:

*Sobre una teja panzuda
doña Cleptómana Urraca
—revuelo— aterriza halduda.
Colas y tocas de viuda,
rueda y rueda su carraca.*

*¿Qué vino a buscar Su Alteza
desde Sahagún o Zamora?
Aquí no hallará, Señora,
ni planos de fortaleza
ni alindes de infanta mora.*

*¿Le ha engañado la muralla?
¿Creyó que ésta era una almena?
En vez de cotas de malla,
visten Florinda y Olalla
galas para la verbena.*

Así el "Jardín de Astorga", montón de alto verdor náufrago de la oteante llanura, y que Gerardo siente lleno de frescor —con presentimiento, quizás, de tormenta— como la miniatura de un rondel, y "Rondel" titula el poema que, a fuerza de amarillo y blanco, termina por hacerse madrigal:

*Otra vez un jardín.
Erase que se era,
érase que se fue.
Lo que yo canto queda.*

*Pájaros en las ramas,
nubes por el azul,
rosas que se deshacen,
niños, estrellas, tú.*

*El afán de la hormiga,
el rabel de la abeja,
la voluntad del viento,
la luz de la tormenta.*

*Esta vez hay campanas
que ahondan, redundan bronce
y seda de cigüeñas
desplegando horizontes.*

*El amarillo vence,
más aguda es la luz
y te haces ya más próxima,
más verosímil tú.*

*Jazmines de la tapia
—blanco en blanco hace azul—
algaradas dichosas
de algún huerto andaluz.*

*Aquí a mi lado estabas.
¿No había ahí una reja?
El muro de un convento
te clausura y te sella.*

*Cierro los ojos. Sueño
con los brazos en cruz.
Los párpados me vendan.
Ahora sí que eres tú.*

Así aquel mercader de semillas que tiene su tenderete puesto todos los martes en el mercado de la Plaza Mayor, y que enseña a Gerardo, entre el rebullicio de los vendedores inundado de sol, bajo el Reloj de los Maragatos, su lección de poeta:

*Plaza de las maravillas,
instala su tenderete
el mercader de semillas.*

*Huertos de Valencia y Francia
cifran aquí sus abriles
y su remota fragancia.*

*Botánicas Bellas Artes.
Yo mi lección de poeta
aprendo todos los martes.*

*Quiero semillas gitanas
que ansiosas de luz y brisas
florezcan en seis semanas.*

*Hierba de plata, alelí,
boca de dragón, caléndula
y silene carmesí.*

*Y vuelvo al jardín soñando,
apretando contra el pecho
flores que van despertando.*

Así la "Galera del Obispo", aquel viejo carricoche —casi dieciochesca carroza desvencijada— que, habiendo pertenecido a un obispo de Astorga, llevaba ahora todos los días a don Rodrigo, y a su familia, al molino que poseían en la vega de la ciudad.

*—Corre a verla, si no la has visto.
Eso que suena a Carlos Cuarto
es la galera del obispo.*

*—Yo no quiero salir a verla.
Oírla, como en sueños, me basta.
Yeguas de nieve y de canela.*

*Llantas de truenos y relámpagos,
ruedas de zodiaco de apóstoles,
ejes de eclíptica dorada.*

*Gozos de collera melliza
hieren cristal de la mañana,
se alejan, se pierden, se olvidan.*

*Y la galera del obispo
—sin obispo ni mitra, laica—
rueda camino del molino.*

Y —cómo no— las cigüeñas de Astorga, sesgando, abiertas sus alas, el cielo azul, haciendo pequeñita, abajo, a la ciudad amurallada para transformarse en su mejor símbolo. Las cigüeñas que,

por aquellos días, se posaban heráldicas en su nido del palacio de Gaudí y que Gerardo y yo gustá-
bamos de ir a ver desde las torres del propio Palacio:

*Alta va la cigüeña.
Niños, a cogerla.*

*Tan alta ya, se borra
en el azul. Un premio
al que antes la descubra.*

*Mírala, resbalando,
curva a curva.*

*Mírala cómo vuela,
remonta, curva a curva.*

Alta va la cigüeña.

Pero, quiérase o no, junto a esa fugacidad graciosa del jardín, la cigüeña, el mercado de los martes o la urraca, en Astorga la Historia pesa y Gerardo descubre esa Historia no en las piedras ni en el arte, ni siquiera en el paisaje, sino en lo más alado y flamígero —en lo aparentemente fugaz pero esencialmente eterno—, en el símbolo ondeante de la “Bandera de Clavijo” que de Astorga salió para la singular batalla, y a la ciudad volvió, y aquí, en el Ayuntamiento, se guarda en aquel cofre que, forrado de terciopelo rojo y cerrado con tres llaves, nos habla del prodigio leonés, de Santiago en Clavijo frente al Islam, como eje de la Reconquista:

*Quando la Luna y Venus sobre el cielo
del crepúsculo vago y casi verde
bordan el estandarte del Profeta,
millones de almas del Islam nacidas
arden de fe, de guerra y de esperanza,
como si Alah con sus morenas manos
su tafetán de seda desplegara.
Y aquí, en tierra leonesa y maragata,
donde la yegua de Almanzor apenas
redobló con sus finos cascos de oro
el atambor sin fin del noble páramo,
¿quedará algún creyente, alguna oveja
del linaje de Agar? ¿Seré yo sólo
a contemplar el bélico prodigio?*

Y pesa, sobre todo, el misterio. Y Gerardo Diego lo capta en un poema titulado precisamente así, “Misterio”, donde —lejos ya de los malabarismos de frase— recoge su terrible sencilla densidad:

*Hoy el viento es más denso.
Montañas, astros, almas
se acercan sin remedio.
Y el tren silba aquí mismo,
ululando, plañendo.
Todos vamos viajando.
Yo sólo voy despierto.
El viento es invisible
y visible el misterio.*

Es más, en medio del juego casi de humor de su temática, surge de pronto la referencia a algo de la solemne profundidad de Astorga. Cuando habla de aquella "Galera" grotesco carruaje "que suena a Carlos Cuarto", no hay que olvidar que fue de un obispo, y ello sirve al poeta para esta leve pincelada sobre lo que el episcopado representa para Astorga:

*Escucha lo que reza: —Nos,
Antonino, Felipe, Lucas,
vuestro amantísimo pastor...*

Y como síntesis de la gracia —incluso dialéctica— y de la profundidad conceptual, he aquí el poema titulado "La vida es un piso" (frase tomada conversacionalmente de Pedro Salinas). La vida, es decir, algo que vuela sobre las cosas, que hay que dejar aquí:

*Y vamos rodando,
volando velívolos.
La vida no pesa,
la vida es un piso.*

*Nada posa. Pasa.
Todo es interino:
los bienes raíces,
los daños floridos.*

*Todo hay que dejarlo,
testarlo al vecino.
Carro de mudanzas
nos levanta el piso.*

Pero hay algo que no pasa, porque es raigambre, y aquí, en Astorga, se hunde "intransferible" en la propia alma del poeta:

*Pero hay algo intransfe-
rible, propio, mío.
Tú, mi bien raíz,
bien tronco, flor, nido.*

*Sombra de la esposa,
oreo de siglos,
eje de la dicha,
palma de infinito.*

Tales fueron los días que Gerardo Diego pasó en Astorga por lo años cuarenta, y tal el reflejo de lo que allí vivió y sintió, trascendido a su poesía.

Repetimos: ¿una Astorga de Gerardo Diego, similar —pero distinta— a la Soria del poeta? Pues, sí. Lo mismo que una Astorga de Leopoldo Panero, que una Astorga de Juan Panero...